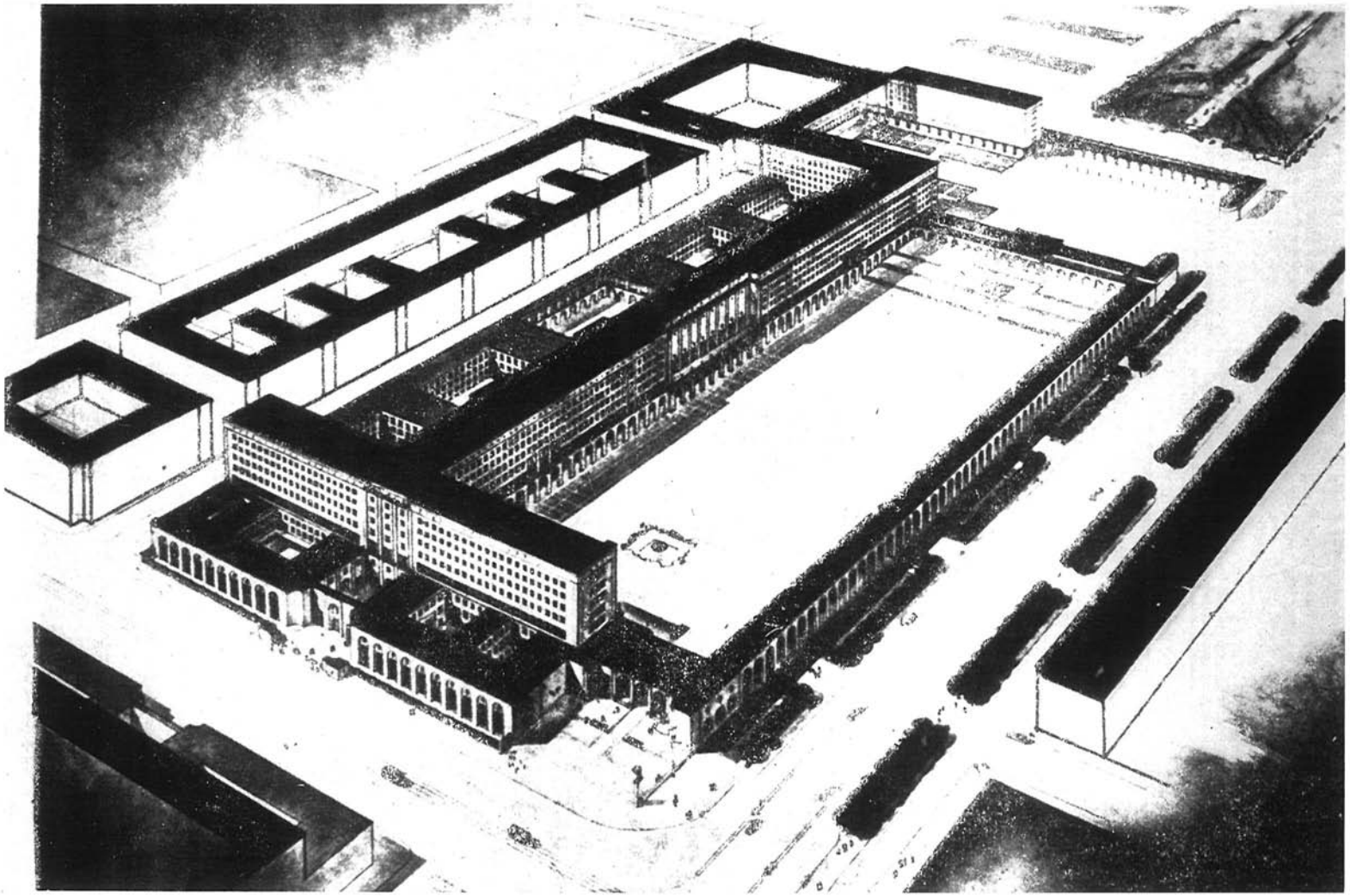
*NECROLOGIA*

# DON SECUNDINO ZUAZO UGALDE

POR

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

Don Secundino Zuazo Ugalde



Vista perspectiva del conjunto arquitectónico de los Nuevos Ministerios según los proyectó Zuazo.

HABÍA terminado el período de sesiones académicas y entrábamos ya de lleno en el verano cuando nos sorprendió, a los que en Madrid quedábamos, la inesperada y triste noticia del fallecimiento de nuestro compañero el gran arquitecto D. Secundino Zuazo, figura cumbre de su profesión en la España que hemos vivido y una de las más egregias que en esta Academia se han sentado. Digo inesperada noticia porque no se tenía de que su salud, que había pasado hace años por una grave crisis de la que se había recuperado, estuviese de nuevo amenazada. Triste, porque siéndolo siempre la muerte por sí misma, y mucho más la de las personas a las que nos unen lazos de respeto, admiración o afecto, era en el caso de Zuazo harto dolorosa no solamente por las excelsas calidades de su talento y de su persona, sino por las circunstancias que habían acumulado en los últimos años, sobre un hombre de su valer, adversidades e injusticias que la vida española no suele ahorrar a sus más preclaros hijos.

Este es el caso de Zuazo. Yo escribo estas líneas, efusiva y dolorosamente, fuera de mi casa y de Madrid, alejado de mis libros y papeles, los que pudieran ayudar los fallos de mi memoria si me propusiera una recapitulación biográfica, aunque fuese breve, de nuestro ilustre desaparecido compañero. Creo que la historia de la arquitectura española de este siglo no se podrá hacer, con objetividad y justicia, sin un cumplido estudio de la obra de Zuazo, aunque —hay que decirlo inmediatamente— buena parte de sus mejores ideas y aun de sus proyectos ya elaborados quedasen sin llevar a cabo o desviados de su intervención por impuros azares no imputables a su voluntad.

Con todo ello, no quedará aminorada, para el que sepa de lo que hablamos aquí, la figura de gran creador, de magno arquitecto, que ha desaparecido de entre nosotros sin haber podido realizar algunas de sus grandes

ideas. Porque, tratando de Zuazo, habrá que referirse siempre no sólo a obras concretas realizadas, magistrales muchas de ellas, sino a sus obras no llevadas a término, porque él era un arquitecto de gran estilo y de magnas concepciones, aunque la sociedad en que vivió y los tiempos azarosos que hemos corrido no le hayan dejado llevar a cabo algunos de sus mejores proyectos. No importa; cada edificio realizado por él es un ejemplo de gran arquitectura que ennoblece el paraje —calle, ciudad, paisaje— en que ha sido levantado. Yo me atrevo a decir —y asumo la responsabilidad de mi aserto— que en Zuazo hemos perdido al más grande arquitecto español después de D. Juan de Villanueva. Zuazo, tras el episodio, genial a veces, pero caprichoso, arbitrario, que representó D. Antonio Palacios —al fin y al cabo hijo tardío del modernismo—, Zuazo, repito, ha sido *el último clásico de nuestra arquitectura.*

Después de los historicismos nacionalistas de buena parte de la arquitectura del XIX y sus neoestilos imitativos —neo-románico, neogótico, neoplateresco, neobarroco, neomudéjar—, Zuazo representó una vuelta a la monumentalidad clásica. Los maestros a los que había de tener presentes, sin imitarlos, eran los más grandes creadores del clasicismo italiano o español: Palladio, Vignola, Machuca, Toledo, Herrera, con otras magnas figuras de lo que ahora se llama —no sé si con mucha propiedad— la arquitectura del manierismo. Por lo pronto, miró siempre a Europa, Italia y Alemania sobre todo, y no se encerró en clausuras nacionalistas que le venían estrechas. Siempre habrá que repetir que la monumentalidad no es precisamente la dimensión grande ni la grandiosidad tiene forzosamente que ver con el tamaño. Zuazo concebía en grande, que eso es clasicismo, y harto sabía de las novedades de su tiempo, pero no caía en la ingenuidad de muchos jóvenes —o pseudojóvenes— de nuestros días que creen estar *à la page* imitando —y a veces calcando— la última moda, tantas veces anacrónica en nuestro país. Porque la arquitectura verdaderamente *moderna* no la hace quien quiere, sino quien puede.

Para ponernos en línea con los países más avanzados en materia de arquitectura no basta imitar o copiar las formas o hacer un esfuerzo para seguir sus técnicas, porque todos esos ingredientes suponen una sociedad

idónea y una industria básica de la construcción moderna suficientemente evolucionada, supuestos de los que estamos aún a distancias astronómicas. Por no contar aún con ellos, cualquier alarde de vanguardismo constructivo a ultranza puede, sí, intentarse entre nosotros, pero a cambio de que ese alarde cueste equis veces más que lo que cuesta en un país que posee la riqueza y la técnica que nosotros aún no tenemos. Por eso los edificios con que algunos arquitectos modernos o ultramodernos quieren deslumbrarnos son, en nuestra sociedad aún semidesarrollada, una de estas tres cosas o las tres a la vez: una farsa, un despilfarro o un pecado.

Zuazo hizo obras monumentales con los medios de que podía disponer, que en gran parte eran los tradicionales; los que eran posibles en España. Concibió siempre en grande, pero no pecó ni de utópico ni de *snob,* lo que hoy es tan frecuente.

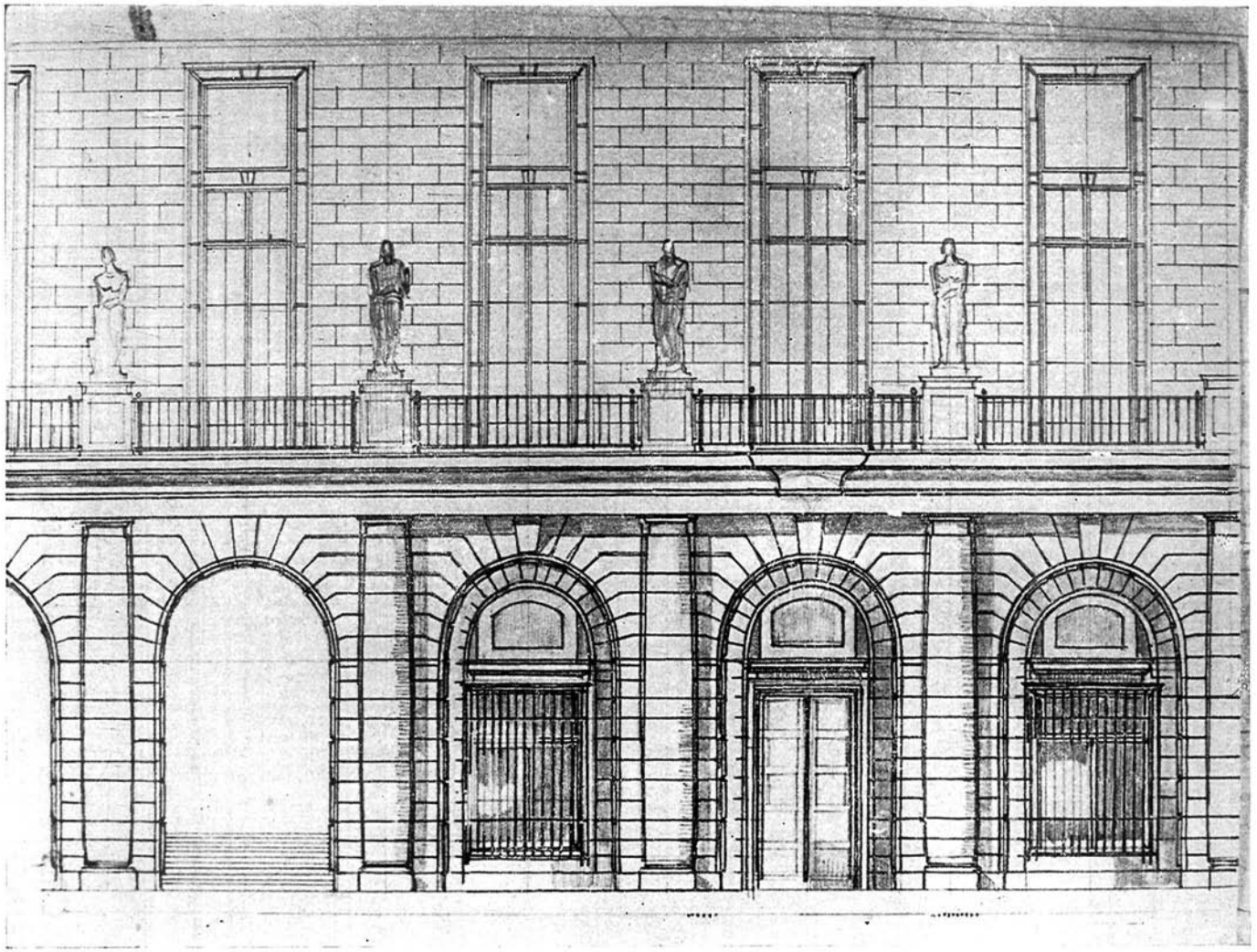
Con todo, si la historia española no hubiera padecido los traumas que han afectado a nuestra generación, Zuazo hubiera educado —aun sin ser nunca profesor— una generación transicional acaso menos gritadora, menos escandalosa que la que ahora padecemos, pero más sólida y, en el fondo, más ligada, sin *tradicionalismos* —el ismo, decía Ortega, es la exageración— a la mejor tradición española.

Casas de vivienda, residencias campestres, grandes comercios, bancos, teatros y edificios oficiales representativos, todo lo tocó Zuazo con fortuna y en todo pudo dejar un prototipo que tenía lo mejor que puede tener una obra modélica: porvenir. Todavía el mejor local de espectáculos de Madrid, edificado *a fundamentis* en nuestro tiempo, es el Palacio de la Música. Y yo pienso en la injusticia de no haber pensado en él, en Zuazo, cuando ha pasado por las infortunadas mentes de los españoles de nuestro tiempo la idea de construir en Madrid un teatro de la ópera, idea que vemos desaparecer ante nuestros ojos tras una humareda de silencio vergonzante, porque, como tantas veces sucede, nadie se atreve a decir la verdad. Del mismo modo, la llamada *Casa de las Flores* fue el primer conjunto de edificios de viviendas verdaderamente moderno y también monumental construído en los años 30 por un arquitecto español que no pensaba exclusivamente en los económicamente poderosos. Y bien podemos decir que ahí

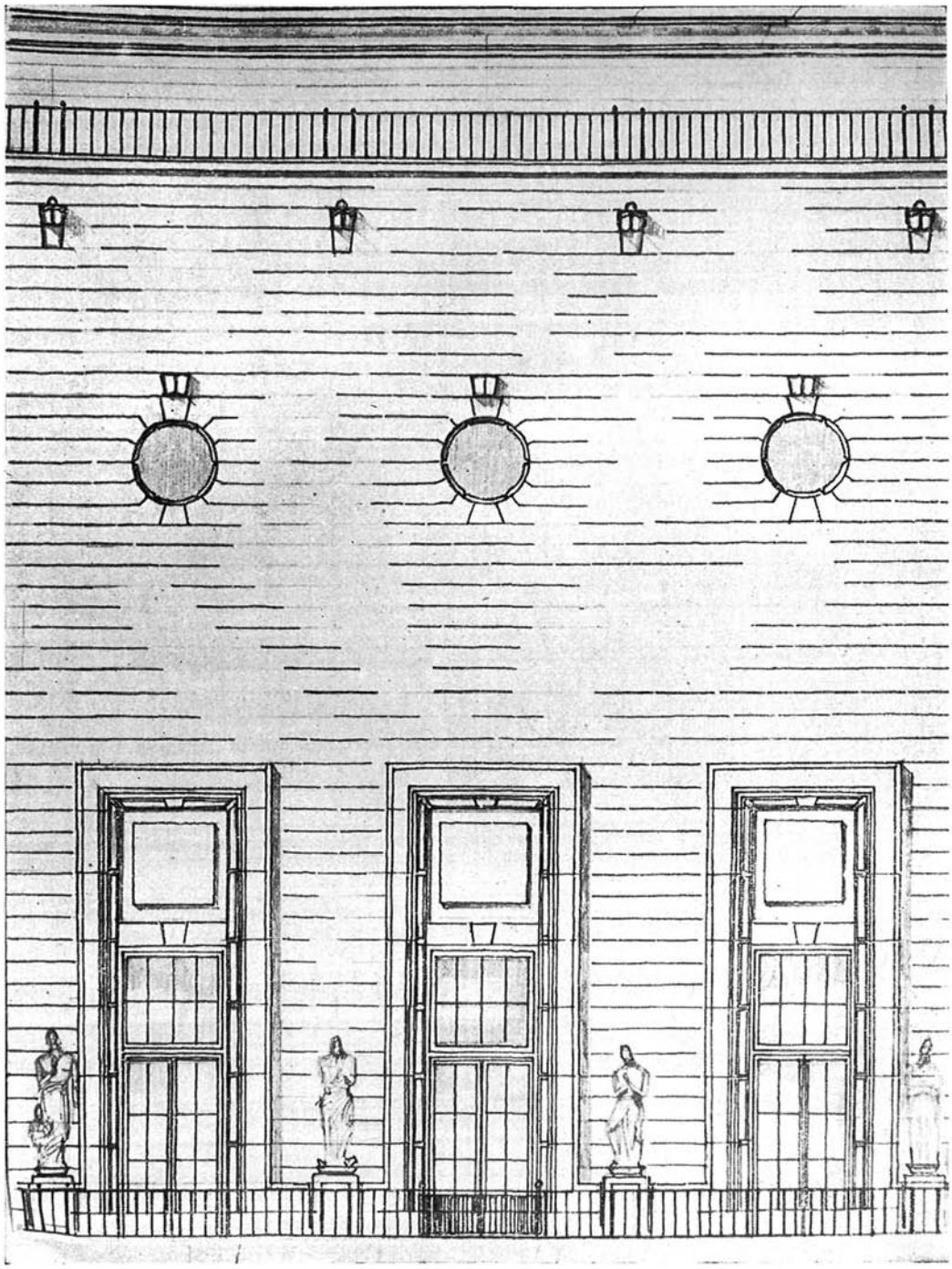
está ese edificio sirviendo aún de modelo, no suficientemente seguido, a los cuarenta años de su edificación.

Aparte de las muchas casas particulares, siempre nobles de proporción y diseño, de los locales de negocio que dejó en Madrid, son especialmente notables, entre los que ahora mi memoria recuerda, los edificios para Banco de España proyectados por Zuazo para Córdoba y para Granada, la casa de campo hoy de los señores de Gaiztarro, cerca de Pozuelo, que fue primeramente concebida para club y que está en la mejor línea palacial de Carlos III, o el conjunto urbano de casas ajardinadas de la calle de Boix y Morer, en una de las cuales residió Zuazo en Madrid en sus últimos años.

Zuazo vio un día la ocasión de realizar su gran obra: lo que podían haber sido los *Nuevos Ministerios* y con ellos la urbanización monumental de la prolongación del paseo de la la Castellana. Porque Zuazo no veía los edificios aislados, como un encargo de un cliente más, sino que su pasión arquitectural y su mirada de águila requerían para ellos un *entorno,* esa idea capital sin la que no puede haber verdadera y gran arquitectura; una ordenación que él tuvo pensada y trazada para la prolongación de la Castellana, incluso con un arco de triunfo monumental que llegó a hacerse en maqueta a escala, emplazado en su sitio: el lugar que hoy ocupa la fuente de los juegos de color nocturnos con que se ha querido amenizar, un tanto trivialmente, aquel paraje. Por ello he tenido interés en que estas páginas se ilustren con una perspectiva de conjunto del grandioso proyecto de Zuazo para los Nuevos Ministerios. Así hubieran sido si se hubieran ejecutado íntegra y fielmente sus ideas o si, como era lo justo y acertado, Zuazo mismo hubiera dirigido el edificio hasta su terminación. Hartas veces le he oído dolerse, con justa indignación, de que no se le hubiera consultado en la fase de la terminación de las obras; ni el interior, ni las fachadas ni muchas otras partes alteradas responden a las ideas de Zuazo, con daño para la belleza y la funcionalidad de la arquitectura por él proyectada. Para dar un ejemplo hago aquí reproducir, además de la perspectiva total —que puede confrontarse con lo que ha sido finalmente realizado—, unos detalles de la fachada principal según dibujos originales



Dibujo de Zuazo para la fachada central de los Nuevos Ministerios.



Otro dibujo de Zuazo para la fachada central de los Nuevos Ministerios.

e inéditos de Zuazo que su familia —a la que agradezco aquí su gentileza— me ha proporcionado para sirvan de ilustración a estas notas rápidamente escritas para que pudieran leerse en la sesión necrológica del gran arquitecto.

Creo que el gran dolor de su vida —y Dios se lo perdone a los que cometieron el error— fue el veto que se puso a que Zuazo diese término a su monumental concepción. Muchas amarguras cayeron sobre él cuando, acabada la guerra, se reincorporó a Madrid y yo fui confidente de cuán hondamente le afectaron. Me senté a su lado muchos años en esta Academia y tuve la fortuna —y el dolor— de que me confiase detalles que me abochornaron como español. Pero su pasión por la arquitectura y su capacidad de trabajo eran tales que pronto se ilusionaba con nuevos proyectos en cuanto veía surgir un nuevo problema para Madrid, el Madrid que tanto amó, aunque fuera bilbaíno, y sobre cuyo porvenir era, en los últimos años, tan pesimista.

Porque él se adelantaba al futuro y en cuanto veía surgir un problema su cabeza comenzaba a idear soluciones que pronto su lápiz iba trasladando al papel. En el archivo de planos de Zuazo se encontrarán, sin duda —precioso elemento de juicio para la historia del mañana y el enjuiciamiento del hoy—, proyectos para muchas soluciones urbanísticas de Madrid que nadie le encargó y pocos habrán visto. Una de sus últimas decepciones, la que causó su gravísima enfermedad de hace años, fue el nuevo veto que encontró a su grandioso proyecto de urbanización monumental del espacio de los antiguos cuarteles del Conde Duque, en los que Zuazo pensó en realizar, con edificios de volumen adecuado y jardines, un oasis humano para lugar tan céntrico y desangelado del Madrid actual. Esta vez sus proyectos no eran ideas en el vacío; tenía el respaldo financiero de una gran banca suiza y el asunto llegó al punto legal necesario; estaba fijado ya el día de la subasta cuando fue suspendida, sin dar explicaciones, en el mismo día y hora en que había de realizarse.

Su etapa de forzosa estancia en las islas Canarias no fue para él tampoco un ocio impuesto; numerosos edificios y entusiastas amigos dejó allí, a más de construcciones de tanta importancia como el Seminario de la

diócesis de Las Palmas, proyecto que, desgraciadamente, vio alterado contra su opinión. La biografía profesional de Zuazo fue, triste es decirlo, la historia de las zancadillas, envidias y celos que han convertido en un infierno la vida de tantos hombres valiosos de España. Esa biografía será, el día que pueda hacerse, una historia ejemplar, empleado el adjetivo en el peyorativo sentido cervantino de la palabra.

Creo que su elección para esta Academia hace más de veinte años fue una de las pocas satisfacciones que recibió en la última etapa de su vida. Pero a Zuazo, que como todo hombre grande no era un vanidoso, le interesaba la Academia no por el mero honor de ser miembro de ella ni siquiera por ser un reconocimiento público de su valer, sino por su ilusionada —e ingenua— creencia en la posibilidad de influir en la orientación de las cosas públicas. Lo demostró asumiendo gustosa y espontáneamente el estudio a fondo de la reforma del edificio de nuestra propia Corporación, que él estimaba en todo su valor y que temía ver adulterado por chapuzas frívolas y ocasionales. También creo que en su estudio se hallarán no ya ideas, sino planos y proyectos sobre esta reforma de los que alguna noticia tuvieron varios académicos. Y estoy seguro —lo sé ciertamente— de cuánto añadió a sus amarguras la escasa atención que la Academia pareció prestar a su apasionada y desinteresada solicitud por este asunto. Apartado de nuestras sesiones hace años, aunque no por ese motivo, hemos tenido la mala fortuna de perder la asistencia de su opinión y su recto y clarividente consejo en materias en que tenía toda la autoridad posible para dictaminar.

En los últimos años, desengañado de todo, afectado en su salud desde que su dolencia del corazón le atacó en la ocasión a que me he referido, apartado ya de la arquitectura, se dedicó, incapaz de estar ocioso, a escribir. Estaba continuando con mayor profundidad su estudio de la arquitectura de El Escorial como obra capital de nuestra historia artística y, por otra parte, español consciente de que un hombre de nuestro tiempo y de nuestro país tiene el deber de dejar su testimonio personal de lo que ha visto y experimentado por sí mismo, estaba escribiendo sus Memorias, que no he llegado a ver, pero que, por lo que yo supongo y sé, han de cons-

tituir un texto importante para la ilustración de nuestra historia actual. Amigo entrañable de muchas personas que desempeñaron papeles de suma importancia en la España contemporánea, las Memorias de Zuazo, que yo deseo fervientemente haya dejado suficientemente adelantadas, serán un testimonio de primer orden para nuestra historia española. Yo pediría a su familia que vele celosamente por esos manuscritos; estoy seguro de que tendrán el día de mañana un valor inestimable. No cabe más en unos apuntes necrológicos improvisados a vuelapluma. Pero, apresurado y todo, este póstumo homenaje a nuestro ilustre compañero, el gran arquitecto Don Secundino Zuazo Ugalde, era para mí un deber que me honro en cumplir con estas líneas.